

líptico «misterium», y ha de señalar la obra de la irremediable enemiga:

A los pies de la esclava vencedora  
el hombre yace deshonrado, muerto.

«Astro puro», «Crin hirsuta», «A los espacios...», «Pórtico», Mantilla andaluza», «Poeta», «Copa con alas», «Arbol de mi alma», «Noche de mayo», «Luz de luna», «Flor de hielo», acaban de revelar al poeta. Y ya admiro

—recordando al varón puro y al dulce amigo—aquel cerebro cósmico, aquella vasta alma, aquel concentrado y humano universo, que lo tuvo todo: la acción y el ensueño, el ideal y la vida; y una épica muerte, y, en su América, una segura inmortalidad.

RUBÉN DARÍO

(*La Nación*. Buenos Aires).

dera avicultura nacional, fragmentada en millares de gallineros.

Esta escuela práctica de la comuna de la capital quiere inspirar la simpatía hacia el gallinero propio en todos los hogares que puedan tenerlo (damas distinguidas, personas de calidad y muchachos bien intencionados han respondido al llamado y concurren a las clases) y obtener que la gente de campo, además de la azada, el lazo, el arado y la trilladora sepa también criar racionalmente gallinas, no con centenares de miles cada uno, sino como pequeños criadores, que, unidos, engruesen el caudaloso río de la producción con provecho propio, y que al hacer la tentativa de poseer un pequeño gallinero no vean en los primeros meses defraudadas sus esperanzas por la ignorancia de cosas sencillas, tan fáciles de saber al aprender el manejo en pocos días.

Si las comunas rurales responden a la insinuación práctica que en pequeña escala les ofrece la capital y se tiene un poco de pertinacia al principio, trabajando con tesón y constancia, en breve tiempo podremos ver formarse por doquiera sociedades cooperativas de pequeños avicultores, y cuyos productos enviados a las municipalidades de ciudades populosas tengan el amparo de la protección de las varias comunas, la que podría ser eficazísima y de estímulo, si se ordenara que las aves se vendieran en el mercado al peso y revisado su estado de salud.

ESTA avicultura de industrialización para mercado, que podía parecer a los serios y esforzados criadores de gallinas finas una avicultura de pacotilla, las circunstancias actuales demuestran que no es tal, sino la más necesaria y la más urgente; las pruebas nos las da la Asociación argentina criadora de aves que en estos días trata un proyecto del Dr. Balestra, su presidente, para intensificar en la república la propagación de razas más aclimatables y de mayor rendimiento.

Por vías diferentes la escuela municipal y la Asociación avícola marcharán así hacia el mismo rumbo, la primera enseñando y dando personas prácticas, la otra distribuyendo con discreción y con rebaja de precios sus productos al amparo de las autoridades municipales de la campaña. A decir verdad, nuestra fe no es inquebrantable sobre este amparo, sobre todo si implica un mínimo esfuerzo de una gran buena voluntad.

Es de desear que un país cerealista por excelencia sea, pues debe serlo, un país avícola por excelencia para llegar al sueño de Enrique IV y del intendente Cantilo, de que cada familia pueda echar su «poule au pot» todos

## EN EL GALLINERO

### Una industria doméstica y femenina

LA Duquesa de Uzés, con su plácida fisonomía papal, envuelta en una aureola de cabellos blancos, prefería en los últimos y buenos años antes de la guerra que los Kodaks de las lujosas revistas, como «Parques et Chateaux», la sorprendieran más bien montada en vigoroso caballo de caza entre la jauría fatigada después del hallalí, que en otro escenario más modesto, pero más femenino, cuando en las horas apacibles y sosegadas de su vida de castellana derramaba con el gesto de gran dama y de hábil granjera los granos en el «poulailler» que ella sola cuidaba.

Sin embargo, en esas revistas eran frecuentes los cuadritos deliciosos de «base cour» en los que, señoras de la rancia nobleza, no tan amazónicas como su amiga, se complacían en dejarse sorprender cuidando sus gallineros, proveedores más tarde y base de sus cuidados menús.

Vino la guerra; las publicaciones se interrumpieron; probablemente de la vida castellana desaparecieron también esos trabajos de los días normales; la mujer, o ciñó su frente con la severa venda de la enfermera, o siguió la costumbre de las ejemplares damas romanas: «quedó en su casa, tejió la lana» (domo marsit lanam fecit); el «tricotage» ha sido por seis años la ocupación de la mayor parte del día en todas las casas, en todas las reuniones: había que abrigar al soldado metido en los fangales de las trincheras.

Empiezan ahora a tranquilizarse las agujas: los países desolados, directa o indirectamente, por las consecuencias de la guerra tienen ya casi extinguidos los gallineros que abastecían las poblaciones; ya no resuena en las carreteras el canto de alegría con que la gallina denuncia el fausto acontecimiento de la postura de un huevo; ya, tras del paredón revestido de hiedra que reparaba de los fríos vientos del norte a los planteles de los parques señoriales, el gallo de Francia no entona su himno al sol. Y he aquí que las mujeres aquellas que en los salones

lujosos o en la casi desamparada pieza de la granja tejían y tejían, bajan los escalones de sus palacios o salen de sus cortijos para repetir las viejas e idílicas escenas con más entusiasmo y con más fe, pues ahora es el país el que, por medio de sus asociaciones avícolas les pide que reconstruyan aquél, que fracturado y diseminado por todas partes, formaba lo que podríamos llamar el gran gallinero nacional que surtía de alimento substancial y sabroso a las grandes necesidades de una población.

FENÓMENO curioso e interesante de estos últimos tiempos, y en el que quizá tenga gran parte la comunicación telegráfica diaria entre el mundo entero, hace que las ideas que brotan en un punto, simultáneamente brotan y se ejecutan en otros países, sin convenios previos y sin ideas de imitar ejemplos.

Allá en Europa la avicultura de Francia, de Italia, de España, de Bélgica y de Alemania se encuentra enormemente empobrecida y surge, naturalmente, la idea de reconstruirla. En los mismos instantes se siente aquí la falta de una avicultura para consumo, aquí en un país donde en la campaña los pedacitos de terreno inexplotados tienen valor limitadísimo, donde el trigo y el maíz para mantener unas cuantas gallinas, casi no valen nada en las chacras y no tienen absolutamente valor alguno en los rastrojos. ¿Es posible que ese grano de los rastrojos sirva solamente para engordar perdices y martinetas?

Es por eso que la idea del intendente Cantilo de fundar una escuela práctica de avicultura encontró la unanimidad en el concejo y la aprobación del público, la que se ha hecho más universal y entusiasta desde el día en que ella funciona, quizá ratificada y revalidada la buena idea llevada a la práctica después del decomiso de millares de docenas de huevos que los acaparadores deshonestos acumulaban, favorecidos por la falta de una verda-